

Me he referido, en dos artículos anteriores, a algunos aspectos de la personalidad del joven tipo actual que dicen relación con su vida activa y afectiva. Intentaré ahora un examen de su vida intelectual.

El hombre es, por definición, un ser pensante; mamífero dotado de un poder especial: la inteligencia; y en la facultad suya de concebir ideas, de formular juicios, de razonar, en fin, se ha visto su superioridad sobre los demás animales.

Siendo así, cada individuo de la especie humana tiene, en cierto modo, el deber de pensar: deber para consigo mismo. En la medida en que lo cumple, afirma y robustece su calidad de hombre, y al no cumplirlo, permite que se atrofie esa facultad superior suya y disminuya de tal manera la distancia que lo separa del resto de los seres animados.

¿Cómo ejercitar esa facultad; cómo desarrollarla?. El primer paso en el cultivo del entendimiento parece estar en la formación, dentro de nuestro yo, de ideas que correspondan a los motivos o sujetos de nuestra percepción externa e interna. Y lo importante es que esas ideas sean lo más claras, distintas y exactas posibles, es decir, el fiel trasunto, el retrato verídico de la realidad a que representan; pues, de no ocurrir así, la imagen que del mundo nos formemos será falsa. Desgraciadamente, afloran muchas veces a nuestros labios, términos que no podríamos precisar; se habla a cada instante de bien, de justicia, de orden, de libertad y de otros diversos conceptos, especialmente abstractos y científicos, de cuya comprensión y extensión ni siquiera se tiene un conocimiento elemental más o menos definido. El hecho adquiere gravedad al reiterarse constantemente. La costumbre se generaliza, y el joven tipo actual hace muy poco o nada por comprender las ideas que surgen en su conciencia y por determinarlas con exactitud.

El segundo grado en el proceso lógico del entendimiento lo constituye el juicio. Una vez en posesión de ideas, las relacionamos, afirmamos o negamos una cosa de otra: formulamos juicios. Pocas cosas hay más gratas al espíritu latino que ésta: juzgar, decir algo de otro algo, o, ~~mejor que juzgar~~ más grato aun, de alguien. ¡Con cuánta facilidad y ligereza nos hacemos jueces! Se vierten juicios, con pasmosa rapidez y seguridad, sobre los temas más diversos, aunque no se los comprenda ni se los conozca. Es principalmente en la política donde se observa este fenómeno. Cada individuo quiere hacer el mayor uso -no el mejor- de su derecho a opinar, y sin entender nada en materia de educación, discute sobre el problema educacional, y completamente ignorante de la Economía, critica la política económica del gobierno. Y lo peor es que todas las opiniones -juicios de exactitud probable- que se manifiestan, pretenden ser juicios ciertos, indestructibles, verdaderos. Se aumenta en esta forma la desorientación del ambiente, y suelen producirse interpretaciones equívocas, que llevan a dificultades enojosas, debido a la inexactitud, imprecisión y vaguedad con que, sin el menor rubor, se emplean los términos. Cuando la realidad es ~~que~~ que los juicios formulados sobre materias que no se conocen o no se entienden, con ideas oscuras o confusas, son casi siempre erróneos e indignos de tomarse en cuenta.

Sólo cuando se dominan ideas y juicios podemos llegar al último, -el superior, a la vez que más importante y útil- de los ejercicios del pensamiento: el raciocinio. Este consiste en inferir, obtener, derivar un juicio de otro u otros, y para que no sea disparatado ni



nos lleve al error, debe someterse a las leyes de la lógica y de las ciencias. Se explica pues, fácilmente, por la falta de ideas en los jóvenes, o por la oscuridad o confusión de ellas; por la falsedad frecuente de sus juicios, a que antes me he referido, y por su desconocimiento de las leyes lógicas y científicas, que sean pocos los que razonan por sí mismos bien - vale decir, piensan bien- y menos los que lo hacen honda, profundamente.

Mucho más sencillo que pensar, y tal vez por eso mismo, mucho más frecuente, -siempre se busca lo más fácil y cómodo- es captar, recibir ideas, juicios y razonamientos de otros, que no han sido elaborados por el propio entendimiento, y aceptarlos y proclamarlos como última Verdad, sin darse antes el trabajo de hacer de ellos un estudio, de examinarlos, de repensarlos. El joven tipo actual vive, salvo raras y dignos casos de excepción, de meditaciones y pensamientos ajenos y no propios; prefiere que otros piensen por él y para él. Y, es triste decirlo, -la realidad es a menudo dolorosa- pocas veces conoce y comprende bien el pensamiento a cuyo servicio se ha puesto. Hay quienes se hacen pasar por positivistas sin haber leído jamás a Comte ni a sus discípulos; hay quienes abrazan la fe socialista sin conocer de Marx y sus ideas más que el nombre; hay jóvenes social-cristianos que apenas tienen vagas nociones de las enseñanzas contenidas en las encíclicas papales sobre la cuestión social. Los ejemplos son incontables. Y, por desgracia, el joven tipo actual hace rara vez esfuerzos por conocer y entender las doctrinas a que quiere adherir, y menos aun, por conocer las contrarias. Para eso necesita estudiar, y parece que existiera una repulsión muy grande por el estudio. Ha acogida dispensada al Centro de Estudios Sociales que hace poco un grupo de jóvenes fundamos, me hace pensar así. Fueron muchos los que acudieron a nuestro llamado, dispuestos a acercarse a la Verdad, mediante el estudio sereno y libre de prejuicios.

Se ha preguntado públicamente por qué los miembros de la Juventud Conservadora no fueron al Centro de Estudios. Lo ignoro. Es sensible, en verdad, que sólo tres partidarios de esta tendencia política hayan respondido a nuestra iniciativa; pero también es sensible que ni un solo joven radical lo haya hecho. ¿Se debe esto a intolerancia? -No quiero creerlo. -¿Es acaso falta de espíritu de estudio?

Cualquiera que sea la causa, estimo que aun hay remedio para el mal. La vida intelectual del joven tipo actual es pobre; carece de ideas directrices, de pensamientos bien meditados, y sin pensamientos, toda acción es peligrosa, nula e indigna de hombres: seres racionales. Pero, para concebir ideas, para formular juicios, para razonar, para adherir a un pensamiento cualquiera o elaborar un pensamiento propio, es preciso observar atentamente la realidad, estudiar con constancia y meditar. Es esta tarea, de preparación, la que más falta hace a la juventud de hoy.

"Yo no les digo a los jóvenes que dejen de actuar en la vida pública, -dice un pensador español- pero les pido que lo hagan preparados para tal empresa. Si no lo hacen así, se cumplirá la ley de la mecánica histórica: la masa mayor aplastará a la menor. Y lo que hay que hacer es dejar de ser masa y ser fuerza viva".

En vez de ser, como hoy, masa opaca y pesada, que empuja con su fuerza mecánica, la juventud debe ser cuerpo, luminoso, que alumbró y señale el camino.

PATRICIO AYLWIN A.

Oct. 1937.

Publicado en "La Lucha"